

del emperador y de la corte fué interrumpida súbitamente en el año 64 por una catástrofe espantosa. La irregularidad con que se había reedificado la capital del mundo despues de su destruccion por los celtas en el siglo IV antes de nuestra era, con las calles angostas, la excesiva altura de las casas y sobre todo la de los cuarteles, cuyos pisos superiores se habían hecho de madera, hacia los incendios tan frecuentes como peligrosos, á pesar de los esfuerzos del cuerpo de bomberos, muy bien organizado por los emperadores. Sucedió, pues, que cabalmente en la noche del 18 al 19 de julio del año 64, aniversario ominoso del incendio llevado á efecto por los galos, declaróse el fuego en las inmediaciones del circo Máximo por el lado de los montes Palatino y Celio, donde por desgracia había muchos almacenes construidos de madera y llenos de aceites. La estacion calurosa y un fuerte viento dieron al incendio muy pronto proporciones inmensas. En breve quedaron reducidos á cenizas todos aquellos edificios y el mismo circo, extendiéndose el fuego con rapidez y fuerza crecientes á los barrios XI y XII en la parte llana de la ciudad inmensa, donde las casas eran en su mayor parte de alquiler. Las llamas, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para dominarlas y salvar vidas y haciendas, invadieron en seguida el monte Palatino, la colina Velia y el monte Esquilino, hasta los jardines de Mecenas, en el distrito V por el lado Nordeste. Allí, junto á la muralla antigua Serviana, pudo dominarse el incendio; mas por el Oeste y Sudoeste no se detuvo el fuego, despues de devorar el Velabro, el mercado de bueyes y el Aventino, hasta el monte Capitolino junto al Tíber y la muralla de la ciudad. Despues de una lucha de seis dias y siete noches contra el voraz elemento, creían los romanos haberlo dominado, cuando de repente se levantaron nuevas columnas de fuego en la parte del Noroeste junto al Campo de Marte. Allí el incendio en tres dias y tres noches devoró todos los edificios á excepcion de los públicos construidos de cantería y además los de los jardines Emilianos que eran propiedad de Tigelino, y muy especialmente todos los de los distritos VII y IX en la falda Noroeste del Capitolio y del Quirinal.

La destruccion fué completa salvo algunas construcciones monumentales en lo alto de las colinas. El núcleo, la Roma antigua, menos el Capitolio, quedó totalmente destruido; de los catorce distritos solo se habían salvado completamente cuatro, los mas exteriores, el 1.º en el Sudeste, el 5.º y 6.º en el Este y Nordeste y el 14.º al otro lado del rio. Tres, que eran el 11.º, el 10.º y el 3.º, estaban reducidos enteramente á cenizas desde el circo hasta la falda meridional del Esquilino, y los demás habían quedado mas ó menos destruidos.

Aunque nos faltan noticias detalladas, hay que suponer que las pérdidas de vidas y haciendas fueron incalculables; se sabe que en el Palatino desaparecieron, además del palacio de los césares y del magnífico templo de Apolo, los monumentos mas antiguos de la época de los reyes de Roma, y la misma suerte tuvieron los demás restos venerandos de aquellos remotos tiempos del pueblo romano, que se habían conservado en otras partes de la ciudad antigua. Con ellos se destruyeron tambien innumerables obras del arte, de la poesia y de la ciencia griegas, que en el trascurso de siglos se habían ido acumulando en Roma. Fué tambien espantosa la miseria material del pueblo, que al ver su ruina atribuyó á Neron toda la terrible catástrofe. Esta cuestion ha dado mucho en qué pensar á los eruditos y todavía no se ha logrado esclarecerla; pero lo mas probable es que por loco y perverso que fuese Neron, ninguna culpa tuviera en esta inmensa desgracia. Es posible que alguna vez se le escapara decir, como es natural, que desearia ver destruida la ciudad antigua, angosta y fea, para poder

reconstruirla á su manera; y tambien podria ser que los conspiradores, que entonces contaban ya con muchos partidarios, hubiesen sembrado en el público tan terrible acusacion para excitarlo contra el tirano; pero las noticias que de aquella época han llegado á nosotros hacen semejante acusacion muy inverosímil.

De todos modos es lo cierto que la version mas malévolá fué la mas creída; sucedió con Neron, lo que con Tiberio despues de la muerte de Germánico; la acusacion cundió y pasó á la posteridad, que todavía no ha pronunciado su fallo. El emperador, que se encontraba en Ancio cuando estalló el incendio, regresó á Roma é hizo todo cuanto humanamente fué posible para dominarlo, y una vez consumada la desgracia dispuso con un celo verdaderamente asombroso, y con no menos talento, todas cuantas medidas podian aliviar la espantosa miseria de la poblacion, que había quedado sin hogar ni recursos. En vano se trató de convencerla de que debian buscarse los autores de la catástrofe entre la poblacion oriental, que era numerosa en la capital, y no era tampoco extraño que la policia sospechase particularmente de los judíos, en vista de la guerra feroz que evidentemente se estaba preparando en Jerusalem, como veremos luego; pero lo que no se ha podido saber es cómo en la informacion que se abrió, se llegó á cargar toda la culpa sobre la pacífica comunidad cristiana que había en Roma. Lo cierto es que Neron, segun la abominable costumbre romana de aquella época, convirtió la ejecucion de los pretendidos culpables en un espectáculo para él y para las masas indignadas y rudas. Las antorchas vivas que alumbraron los juegos circenses organizados por el emperador, y que sirvieron de motivo á varios lienzos grandiosos de pintores modernos, son una de las manifestaciones mas horribles del carácter cruel de aquella época, y excitaron por excepcion, y á pesar de la inmensa calamidad ocurrida, la compasion de los mismos romanos, tan acostumbrados y aficionados á espectáculos sangrientos.

Los adversarios mas furibundos de Neron tuvieron que confesar en cambio que las disposiciones que dictó para la reedificacion de la ciudad fueron acertadísimas. Tenia á la verdad tambien dos auxiliares á la altura de las circunstancias extraordinarias, los dos arquitectos Severo y Céler, que habían dado ya, estando á su servicio, muchas y grandes pruebas de su talento eminente y habilidad práctica. De sus obras citaremos solamente el imponente acueducto que conducia las elevadas aguas de Claudia á los montes Celio y Aventino. A estos dos especialistas encargó Neron la formacion de un proyecto de reconstruccion para hacer de Roma la ciudad mas hermosa y menos sujeta á incendios de todo el mundo antiguo. Conforme al plan adoptado fueron trazadas calles nuevas, regulares y de mucha anchura, con otras mejoras para facilitar las comunicaciones y el tránsito; se ensanchó la ciudad al propio tiempo; los escombros fueron removidos, y llevados á expensas del tesoro imperial por los buques que habían traído cargamentos de trigo, á los pantanos de Ostia, y se concedieron subvenciones á los que querian edificar. La altura máxima de las casas fué fijada en 60 piés; se prohibió el empleo de la madera en la construccion de los pisos inferiores, que habían de ser de cal y canto; las paredes medianeras debian ser fuertes y hechas de materiales incombustibles; se reguló la distribucion de las aguas potables para servir en casos de incendio á su extincion fácil y rápida; y para hermohear el aspecto de las calles principales se ordenó que todas las casas tuviesen pórticos, encargándose el emperador de costear el gasto que esta mejora causó á los particulares.

No perdió Neron esta ocasion para realizar al mismo

tiempo sus proyectos personales de edificacion de un fastuoso palacio con vastos y magníficos jardines y construcciones accesorias, para lo cual se reservó una extensa superficie de la ciudad antigua desde el Palatino hasta los montes Celio y Esquilino y los jardines de Mecenas. El palacio propiamente dicho, llamado la *casa de oro* de Neron, fué erigido en el lado Sudoeste del Esquilino, y excedió en magnificencia á todos los edificios conocidos entonces, hasta respecto de los materiales empleados que eran los mas preciosos. Un pórtico de columnas de 1478'70 metros de longitud rodeaba el edificio, delante del cual se erigió la estatua colosal del emperador, de 110 piés de altura, ejecutada por Zenodoro.

No hay medio de calcular siquiera aproximadamente las sumas inmensas que costó este palacio y que se emplearon en la reedificacion de la capital; pero se conocen las consecuencias que estos gastos, unidos á otros y á los grandes despilfarros que Neron había hecho antes de este desastre y que continuó haciendo despues, tuvieron para la hacienda del imperio, que en el primer y mejor período de su reinado había estado en una situacion ordenada y hasta desahogada, aun prescindiendo del tesoro repleto que Claudio había dejado á su sucesor. Repetidas veces había facilitado Neron al erario público grandes sumas sacadas del fisco (1).

Segun disposicion del emperador Augusto, que estableció el fisco, ó tesoro imperial, habían de administrar el erario público dos pretores nombrados por el Senado de entre sus miembros; Claudio varió esta disposicion en el año 44 encargando la administracion del erario á un consejo de cuestores, sacados tambien de entre los senadores, pero que por ser mas jóvenes y menos prácticos en materia de hacienda que los prefectos, habían dejado mucho que desear en el desempeño de su cargo, dificultado además por la ingerencia del emperador. Neron confió la direccion superior de esta administracion en el año 56 á dos prefectos nombrados probablemente por tres años, y no ya por el Senado sino por el emperador de entre los jefes de los pretorianos. Con esta disposicion, dadas las circunstancias del sistema de gobierno, ganó mucho la hacienda, pero cuando Neron no fué ya aconsejado por Séneca y Burrho, y se entregó desbocado á sus caprichos derrochadores, quedó luego sensiblemente conmovido el buen estado de la hacienda. Sin embargo, la situacion general del imperio continuó todavía siendo en extremo próspera por algun tiempo, como puede inferirse de la provincia romana de Asia que contaba entonces quinientas ciudades florecientes, segun afirman expresamente autores de la época. De este modo el imperio pudo fácilmente sostener las guerras cortas que tuvo en las islas Británicas y en Armenia, pero los despilfarros de Neron en sus construcciones, en diversiones públicas, en su vida privada, en el juego de dados, en sus caprichos artísticos y en sus liberalidades, unido todo á la codicia insaciable de los dignatarios de su corte, de los ministros y otros funcionarios elevados, debian acabar muy pronto primero con los tesoros acumulados por Claudio y luego con los recursos corrientes y extraordinarios, y hacer difícilísima la mision del eminente ministro de hacienda Claudio Etrusco, de establecer un equilibrio tolerable entre los ingresos y los gastos del tesoro. Basta saber que el dinero gastado por Neron solo para favorecer

(1) Recordaremos que el *erario* era el tesoro del Estado, administrado por el Senado y guardado como las actas de esta corporacion en el templo de Saturno; mientras que el fisco era el tesoro del emperador que muy pronto superó al del Estado, como los emperadores superaron al Senado en poderío. A principios del siglo III se fundieron en el reinado de Caracalla los dos tesoros en uno, que administraron en adelante los emperadores. (N. del T.)

á sus amigos y partidarios se calculó en dos mil doscientos millones de sesteracios, que equivalen á cerca de seiscientos millones de pesetas (598.370.250 pesetas).

Estos despilfarros continuaron despues del incendio de la capital y durante las costosísimas obras de reconstruccion lo mismo que antes, dando nuevo pábulo á ellos la visita y el viaje de Tiridates, rey de Armenia. Tiridates llegó á fines del año 65 con un acompañamiento de cerca de 3,000 personas á orillas del Eufrates, donde fué recibido por Corbulon, que le hizo acompañar por una escolta de honor al través del Asia romana, siendo recibido en todas partes hospitalaria y hasta fastuosamente para darle una idea imponente del poder de Roma. En Puteoli, en el golfo de Nápoles, fué recibido el príncipe asiático por Neron con todas las muestras de amistad y con toda la amabilidad de que era capaz y que repitió despues en Roma. Allí, en el año 66, en el Foro y en presencia de la guardia imperial, en lugar del Senado, y de una inmensa multitud, lo coronó rey de Armenia, vasallo de Roma, cuya ceremonia fué seguida de la serie de fiestas correspondientes, al fin de las cuales hizo Neron á su nuevo vasallo regalos de un valor inmenso, y le permitió reconstruir su capital Artaxata que en adelante debía llamarse Neronia. La permanencia de este príncipe duró nueve meses y costó al erario mas de cuatrocientos millones de sesteracios ó sean cerca de ciento diez millones de pesetas. Este gasto, sin embargo, podia darse casi por bien empleado, porque contribuyó probablemente á los 50 años de paz que hubo desde entonces en la frontera oriental del imperio.

Para sostener semejantes dispendios era necesaria una administracion de hacienda muy hábil. La hacienda contaba á la verdad con un creciente rendimiento de las aduanas del imperio, gracias á la prosperidad extraordinaria del comercio; con la explotacion forzada de las inmensas posesiones del fisco, que comprendian todo el Egipto y las minas de oro; con los ingresos no despreciables de grandes herencias y legados hechos al emperador; y con el importe de las muchas é inicuas confiscaciones á consecuencia de las ejecuciones capitales y de los destierros cada vez mas frecuentes. Todo esto podia haber sido suficiente para mantener un equilibrio tolerable entre los gastos y los ingresos, pero no alcanzaba para sufragar el coste de la reedificacion de la capital y del palacio que Neron tuvo el capricho de construir para sí. Para esto fué menester pedir sacrificios extraordinarios á la Italia y á las provincias, poniendo á contribucion hasta los tesoros de los templos en la misma capital, y exigiendo á todos los municipios y á los países aliados de Roma una contribucion extraordinaria y forzada con el nombre de donacion voluntaria. Solo se eximió la Galia que reunió al parecer cuatro millones de sesteracios que el emperador aceptó, pero los destinó á la reedificacion de la ciudad de Lyon. En cambio, se exigió mucho al Asia y á la provincia de Acaya, es decir, á la Grecia asiática y europea, que hubieron de ceder á la capital una buena parte de sus innumerables tesoros artísticos además de la parte metálica y los vasos sagrados y estatuas de oro y plata de sus divinidades, á las cuales su mérito artístico no les libertó de ser fundidas y trasformadas en monedas.

Peor que este recurso brutal fué por sus consecuencias la rebaja de la ley de la moneda de plata, que hasta entonces todos los gobiernos romanos, sin exceptuar el de Neron, habían acuñado, como la de oro, con entera lealtad. Esto cambió en el año 60, no por penuria del tesoro, sino para impedir la salida del metal precioso al Oriente y otros países extranjeros, que nada ó poco compraban en cambio en el imperio romano; de suerte que el dinero que salia de este, principalmente á la India y China para comprar objetos de

lujo quedaba perdido para el imperio. Plinio calcula en cien millones de sestercios (27.190.000 pesetas) anuales los que pasaban á aquellos países lejanos en cambio de objetos de puro lujo, como telas de seda, piedras preciosas, materias tintóreas, especias y perfumes. Las caravanas que iban á China por seda, atravesaban el Asia pasando por Balk, Badajchan, Tachcurgan, hasta llegar al gran emporio del comercio de géneros chinos, Yarcanda ó Cashgar, y de allí se encaminaban á la capital del país de la seda, probablemente Chan-ho-hang ó Hian-yan.

Más importante era el comercio con la India. Desde la incorporación del Egipto al imperio romano había tomado un gran incremento el comercio con las plazas marítimas del Sudeste del Asia habían abierto los Tolomeos en época remota. Los comerciantes griegos y romanos subían con sus



Vista interior del Tepidarium en las termas de Pompeya

Oriente eran Puteoli y Alejandría, que prosperaron de una manera colosal.

La rebaja de la ley de la moneda de plata, y probablemente al propio tiempo la de la moneda de oro, no impidió la extracción de los metales preciosos, pero en cambio se había entrado en la senda peligrosa de falsificar el dinero con todas las consecuencias económicas fatales é ineludibles, conforme veremos más adelante. Neron disminuyó el peso del denario desde $\frac{1}{64}$ á $\frac{1}{128}$ de libra, ó sea de 3,90 á 3,41 gramos, reduciendo al propio tiempo el valor de la plata por medio de una liga de 5 y más por ciento, desde 85 á 64 céntimos de peseta; de modo que 25 denarios no equivalían ya como antes en realidad á un áureo; pero también rebajó Neron el peso de esta moneda de 7,80 gramos á 7,28, sin modificar el valor nominal. Los emperadores posteriores no llegaron á restituir á la moneda su valor legal, porque al inaudito derroche de Neron no tardaron en suceder luchas dinásticas tremendas y guerras extranjeras que conmovieron la hacienda del imperio hasta sus cimientos.

La conducta de Neron, después de la muerte de Burrho, había dado origen y desarrollo á un numeroso partido enemigo, ante cuyos golpes sucumbió Neron al cabo. Este partido no tenía prosélitos ni en la gran masa de la población de Roma ni en las provincias, donde Neron fué siempre popular, sino únicamente en la clase alta aristocrática y en sus parciales. La oposición sistemática pública que se hacía al

buques el Nilo desde Alejandría hasta Coptos, donde las mercancías eran cargadas á lomo de camellos y llevadas en caravanas, parte en dirección Nordeste á Mioshormos, y parte en dirección Sudeste á la célebre y frecuentada ciudad marítima de Berenice. Desde estos puertos pasaban flotas de buques mercantes por el mar Rojo al mar Indico, y no solamente visitaban los puertos de la costa occidental, sino hasta la isla de Ceilan, de la cual llegó una embajada á Roma en tiempo del emperador Claudio. Un viaje á la India y el regreso exigían de seis á siete meses. Otros comerciantes subían por el Nilo aun más, y pasaron después por el mar Rojo hasta la Etiopía y la Arabia meridional, siendo el gran centro de este comercio la isla de Socotora (Dioscórides), donde habitaban comerciantes árabes, indios y griegos. Los dos grandes emporios romanos de este comercio del

emperador no le causó ningún daño positivo, porque se manifestaba solo en la literatura, la cual en realidad no obtuvo más resultado práctico que imponer su juicio á la posteridad, sin proponer á los contemporáneos ninguna solución porque su único ideal eran la antigua república y las glorias pasadas. Algunos hombres más prácticos deseaban restablecer la autoridad suprema del Senado, pero la mayor parte de los conspiradores aristocráticos iban contra el emperador reinante para ocupar su puesto.

Mientras Séneca y Burrho aconsejaron á Neron, fué recordando el Senado mucha importancia; pero esto cesó cuando murió Burrho, Séneca se retiró á la vida privada, y Neron empezó á desplegar sus cualidades siniestras. Entonces se hizo sentir una oposición severa, pero puramente moral, de hombres de categoría senatorial, que por su moralidad intachable gozaron de las simpatías y respeto de sus conciudadanos y hasta de la posteridad. Esta oposición moral era en extremo molesta al emperador y á sus cortesanos disolutos, aunque no ofrecía ningún peligro material. Uno de los representantes más notables de este partido era el noble P. Fanio Traseas Peto, natural de Padua, y otros partidarios de la antigua república eran el yerno del anterior, Helvidio Prisco, y muchos amigos y amigas de ambos, todos discípulos de la escuela estoica.

Al lado de este grupo había otro en la capital que trabajaba directamente para destronar á Neron y reemplazarle por otro emperador. Este partido contaba entre sus miem-

bros muchas personas de prosapia ilustre, jefes del ejército y empleados civiles descontentos, no pocas mujeres y hombres de diferentes clases que por un motivo ú otro deseaban la caída de Neron.

También figuraba entre los enemigos del emperador el sobrino del viejo Séneca, el poeta Lucano, que de amigo de Neron se había vuelto su contrario por celos de poeta; y hasta el jefe pretoriano Fenio Rufo, envidioso de su colega Tigelino, estaba afiliado á este grupo con muchos de sus oficiales de la guardia pretoriana. La conspiración que tramaron en el año 65 tenía por objeto proclamar emperador á Cayo Calpurnio Pison, hijo de una familia de las más antiguas y bien relacionado con Neron, amable, liberal, gran orador y dotado en general de cualidades físicas y morales excelentes; pero no llegó el caso de poner á prueba todas estas cualidades en el gobierno del imperio, porque el libertino de uno de los conjurados delató toda la trama. Entonces se puso de manifiesto la poca moralidad de aquellos hombres, porque muchos, viéndose presos, delataron vilmente á sus compañeros, en la esperanza de salvarse. Sobre todo distinguióse en este concepto Fenio Rufo, el cual, antes de ser descubierta su complicidad, estuvo encargado de la formación del proceso, y en este cargo desplegó un celo repugnante por lo servil en la persecución de sus compañeros. Descubierto al fin, participó de la suerte de los demás, que en abril del mismo año 65 fueron sumariamente condenados á muerte. Esta sentencia alcanzó también al anciano Séneca por estar relacionado con Pison, el candidato al trono, porque otra culpabilidad no consta, si bien no sería imposible que hubiese tenido relaciones más íntimas con alguno ó algunos de los conspiradores, disgustado como estaba de la marcha que imprimían al gobierno Popea y Tigelino. Estos aprovecharon con grandísima satisfacción la ocasión de enviar al otro mundo á aquel veterano de la política, inmensamente rico y á quien no cesaban de mirar de reojo. Séneca tuvo que suicidarse y lo hizo abriéndose las venas según la práctica en uso entonces. Su esposa Paulina quiso morir con él, pero el emperador no lo consintió, y hasta le dejó una parte de la hacienda de su esposo que llegaba á 300 millones de sestercios ó sean 81 millones y medio de pesetas que fueron confiscados á favor del fisco.

El emperador recompensó á la guardia imperial, que se le había mostrado fiel en su gran mayoría, dando á cada individuo una gratificación de 2.000 sestercios (545 pesetas) y á todo el cuerpo para siempre, además de la paga la manutención. Desde entonces Neron, movido por el terror y las excitaciones de Tigelino, se hizo cada vez más sanguinario; las ejecuciones, confiscaciones y destierros fueron cada vez más frecuentes, y es de admirar la resolución estoica con que las víctimas de su furor, hombres nobles y de carácter elevado como de clase humilde, se daban la muerte con sus propias manos. Unos y otros estaban acostumbrados desde su infancia á espectáculos sangrientos, á lo cual se agregaba la filosofía estoica que dominaba en aquella época, filosofía que enseñaba á despreciar la vida y á mirar la muerte como libertadora de todos los males. La clase más culta del mundo romano no encontraba nada vituperable en el suicidio, y seguía el ejemplo de Catón con tanto más motivo cuanto que era el único medio de evitar una ejecución capital y de salvar acaso la hacienda ó parte de ella para la familia. Dos hombres ganaron en aquel tiempo (en el año 66) con su suicidio una celebridad semejante á la de Catón cuando Tiridates estaba en Roma. Estos hombres, cuya oposición puramente moral se hizo insostenible á Neron, eran el ya citado Traseas Peto y el ex-procónsul en Asia, Barea Sorano, que se había opuesto valerosamente á las extralimi-

taciones de los comisarios imperiales después del incendio de Roma. De la causa criminal seguida á estos varones eminentes no hay pormenores; solo sabemos que el Senado, á excitación de algunos partidarios de Neron, pronunció contra ellos sentencia de muerte, y que los dos evitaron la ejecución con el suicidio que consumaron con la mayor serenidad. De Traseas se sabe que se había abstenido de votar en el Senado el solemne reconocimiento de Popea como emperatriz, lo cual Neron no le perdonó nunca.

En el año 65 murió también Popea, según se dice á consecuencia de un acto brutal de Neron, lo cual no impidió que este le hiciera funerales magníficos y consiguiera su deificación por el Senado. En ambos casos se asbtuvo igualmente de votar el mismo Traseas, lo cual apresuró su acusación y su sentencia de muerte. Poco antes de morir, tuvo que suicidarse también Petronio, el amigo ilustre pero disoluto del emperador, víctima de las infames intrigas de Tigelino.

La sublevación que debía acabar con el gobierno insano de Neron no salió de la capital, sino de la provincia más occidental del imperio, y ocurrió cuando por una parte se había promovido un levantamiento político religioso muy grave en el extremo oriental y por otra el emperador se encontraba en Grecia para satisfacer uno de sus caprichos artísticos, que degeneraban en él en una monomanía rayana de la demencia. Su entusiasmo por las artes griegas, las lisonjas desmesuradas de que le colmaban sus aduladores y la invitación directa de los griegos, le habían determinado á realizar el gran viaje artístico á la Grecia que desde largo tiempo tenía meditado. En la segunda mitad del año 66 emprendió este viaje con un numeroso séquito de cortesanos, de guardia imperial mandada por Tigelino y de un cuerpo de aplaudidores. Su objeto era tomar parte, lucir sus habilidades y alcanzar los premios como auriga, cantor y actor en todos los juegos nacionales griegos y en las innumerables funciones locales de las diferentes ciudades, que á este fin debían celebrarse, contra todas las costumbres tradicionales, todas en aquel mismo año. Todo se cumplió á medida de su deseo. Mientras durante su ausencia, Numpidio ó Ninfidio Sabino, prefecto de la guardia imperial que había sucedido en este cargo á Fenio Rufo, mantenía el orden en Roma y cuidaba del gobierno su privado el libertino Helios, fué la Grecia el teatro de ruidosas fiestas, como no se habían visto desde largos años en aquella tierra. No se celebraron estas fiestas sin que Neron, para que su satisfacción fuese completa, mezclara con ellas escenas de la más repugnante disolución, el despojo brutal de innumerables obras artísticas y el sacrificio de muchas víctimas de sus instintos sanguinarios. Mucho de esto será invención de los enemigos de Neron ó exagerado y aumentado por la voz del pueblo y la tradición, pero hoy es imposible fijar hasta dónde llega la verdad y dónde empieza la mentira, ni importa saberlo. Por inicuos y repetidos que fueran los crímenes que cometió en Grecia, ninguno lo fué más ni tuvo peores consecuencias para el imperio que la muerte del ilustre general Domicio Corbulón, que tantos servicios había prestado á su país y tantos lauros había adquirido. No se sabe qué clase de sospechas concibió Neron para llamarle desde las fronteras asiáticas á su presencia, en Grecia; es lo cierto que á su llegada á este país le obligó á suicidarse, á fines del año 66 ó á principios del siguiente.

En cuanto á los griegos, estaban tan satisfechos de Neron como este de ellos; sutiles, flexibles, aduladores, elegantes, cortesanos como eran desde antiguo, colmaron al emperador artista de aplausos entusiastas y le prodigaron las distinciones que correspondían á los vencedores en los diferentes juegos, declarándole, por supuesto, siempre vencedor como